

***La verdadera noche es luz***



# La verdadera noche es luz

Reflexiones espirituales desde  
el misterio de la Cruz

Carlos Villar

Primera edición: junio 2023

© Cobel

ISBN 978-84-124746-8-8

[cobel@cobel.es](mailto:cobel@cobel.es)

[www. cobelediciones.com](http://www.cobelediciones.com)

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

# ÍNDICE

Prólogo.....	9
La crisis en la vida espiritual.....	13
La cruz como luz que da sentido a la ascética .....	45
Un mandamiento nuevo.....	87
Vida contemplativa (I): Cristo, hombre, mundo .....	105
Vida contemplativa (II): símbolo, materia, gloria.....	133



*A Ernesto, amigo y maestro,  
con quien tanto quería.*





## PRÓLOGO

“La verdadera noche es luz”<sup>1</sup>. Palabras hermosas y, a la vez, paradójicas, que evocan el misterio y la belleza del amor de Dios en un mundo herido por el pecado. La pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret cambia el sentido de la historia y del Cosmos. El rostro deforme y llagado de Cristo en la Cruz es –por el amor– la Belleza hecha carne que atrae a toda la Creación, dándole un sentido que salva de la Muerte a la Humanidad entera. Se ha roto al fin, el muro del pecado, y la paz de Dios se extiende como río ancho y sereno por la faz de la tierra (cfr. *Is* 48, 18).

Toda la vida interior se podría condensar en la capacidad de abrir los ojos a la presencia de Dios en el alma y en la existencia; en revivir, cada uno a su manera, la experiencia de Juan al reconocer al Maestro en aquella escena evangélica de la segunda pesca milagrosa (cfr. *Jn* 21). Después del fracaso de una *noche* de pesca con las redes vacías, el discípulo amado reconoce al Maestro en la orilla de la playa: *¡Es el Señor!* Y entonces, todo cambia. Despunta la luz y despierta el amor, el sentido, la vida que ya no muere. Es la experiencia del encuentro que tiene el Señor con cada personaje del Evangelio: Pedro, la samaritana, Zaqueo, la hemorroísa, Juan, la Magdalena, Dimas... Cada uno con su historia personal, tejida de gozos y dolores, irreplicable, pero que se ilumina y transfigura cuando Cristo entra en sus vidas. Un encuentro que llena de luz el horizonte y la propia existencia. Pero una luz que, por el pecado, se engendra en la oscuridad, en la cruz. Es la lógica del grano de trigo que, solo si muere (noche), puede ser fecundo (luz). Es la entre-

---

<sup>1</sup> GUSTAVE THIBON, *Nuestra mirada ciega ante la luz*, ed. Rialp, Madrid 1973, p. 296.

ga amorosa de la tres Personas de la Trinidad que Cristo introduce en nuestro mundo herido de muerte y que, precisamente por el estado de caída, se despliega por el cauce del dolor y, a la vez, del gozo.

Siguiendo la paradoja del título del libro, esta obra pretende iluminar, desde la *verdadera noche*, algunos ámbitos de la vida cristiana. De algún modo, la oscuridad –cuando viene transida de sentido– engendra una belleza nueva. Es la luz de la cruz de Cristo que desvela la senda del amor verdadero, y sin la que nuestra mirada permanece ciega.

El primer capítulo lo dedicaré a la crisis que todo hombre experimenta en el viaje de la vida, y también en el camino de la santidad. La prueba forma parte de la existencia y la Cruz otorga un sentido al sufrimiento humano, liberándolo de la angustia. Las crisis no son algo negativo, sino que forman parte de la maduración de la vocación; un éxodo desde las propias seguridades hacia una tierra prometida, que es la unión con Dios. En este periplo, la luz de la verdad emerge como fuente de conocimiento propio y, al mismo tiempo, de un conocimiento más profundo y vivencial del rostro de Dios. Una luz que permite integrar la debilidad de nuestra condición pecadora con la llamada a la santidad.

El segundo capítulo versará sobre la ascética cristiana. El misterio de la Cruz revela también el sentido y la necesidad de la lucha espiritual, tan desvalorizada en las últimas décadas, así como la belleza de las virtudes que el Espíritu Santo nos impulsa a desplegar *desde dentro*. Luz y fuerza que nos rescatan también de una visión perfeccionista de la santidad, entendida como un sistema de preceptos, y nos adentra en la vía del amor. En este proceso formativo, se considerará también la importancia de las relaciones per-

sonales para el conocimiento propio y el desarrollo de las virtudes.

En el tercer capítulo profundizaré sobre el mandamiento nuevo. De un modo particular, me centraré en la fraternidad que nace de compartir una misma vocación sobrenatural. El amor en esencia es entrega; una lección que aprendemos contemplando la vida del Señor. Del Costado abierto del crucificado brota el don del Espíritu Santo, que nos regenera a una vida nueva, la vida *en* Cristo. Con este don, no solo se nos concede la verdad consoladora de la salvación, sino que se inaugura para el hombre algo tan sobrecogedor como la posibilidad de amar como Dios ama. ¿Y cómo ama Dios? Jesús resume a los apóstoles el secreto de su Corazón con estas palabras: “no hay amor más grande que el que de la vida por los amigos” (*Jn* 15, 13).

En este apartado me detendré de modo particular en tres aspectos del amor verdadero: la virtud de la paciencia, la capacidad de perdonar y el poder de la ternura. Rasgos que entretejen el corazón de Cristo y nos ayudan a descubrir la naturaleza de la caridad en las relaciones con el prójimo.

En los últimos dos capítulos esbozaré, a modo de ensayo, una reflexión sobre la vida contemplativa desde una perspectiva más teológica. Sería necesaria una mayor precisión, tanto de matiz como de desarrollo; sin embargo, he preferido señalar caminos de reflexión que pueden enriquecer una realidad tan llena de sentidos.

La contemplación cristiana no es algo para una élite de almas elegidas o especialmente devotas, sino una vocación que, en germen, poseen todos los bautizados. La Redención *abre la mirada* del hombre a la presencia del Logos en todo lo creado y convierte el mundo en escenario y vereda de

santificación. Precisamente la *mirada simbólica* es la que nos permite abrirnos a ese *algo divino* que reverbera en la cotidianidad de la vida.

El discurso tendrá como punto de fuga el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que –con su Muerte y Resurrección– abre los caminos de este mundo a una vida contemplativa *en y a través* de las actividades comunes de la existencia. De un modo particular, me centraré en la santificación del trabajo como ámbito esencial de la persona humana. Al mismo tiempo, dentro de estas consideraciones, un aspecto central versará sobre la belleza como vía de acceso a Dios y también a la propia identidad.

Este libro no pretende tanto dar respuestas definitivas como abrir horizontes que ayuden a redescubrir la belleza de la vida cristiana. De alguna manera, me gustaría hacer más otras palabras que escribió Thibon en el prólogo de uno de sus libros: “Mi única ambición es invitar a los que me lean, a hacer coincidir su mirada con esa gota de luz eterna que es el vestigio y el germen de Dios en el hombre”<sup>2</sup>.

Carlos Villar

Roma, 29 de marzo de 2023

---

<sup>2</sup> GUSTAVE THIBON, *Nuestra mirada ciega ante la luz*, ed. Rialp, Madrid 1973, *Prólogo*, p. 15.

## LA CRISIS EN LA VIDA ESPIRITUAL

Quítate ya los trajes,  
las señas, los retratos;  
yo no te quiero así,  
disfrazada de otra,  
hija siempre de algo.  
Te quiero pura, libre,  
irreductible: tú.

(Pedro Salinas, *La voz a ti debida*)

### Quitarse las máscaras

Con el paso del tiempo, todo hombre va descubriendo que existen facetas de la propia vida que están fundadas sobre arena. La vida interior –y el acompañamiento espiritual– tienen que ir en la línea de descubrir lo que hay de es-purio en la propia existencia para construir cada vez más en y desde la verdad. En este proceso, el misterio de la cruz nos revela la verdad: la verdad de Dios y también la verdad del hombre. Y aceptarla, asumirla, con frecuencia es doloroso. La conversión es, en palabras de Joseph Ratzinger, “aceptar los sufrimientos de la verdad”<sup>3</sup>.

San Josemaría entendía la formación espiritual como un camino en la verdad, una senda que lleva a simplificar a las almas, a descomplicarlas. Como imagen gráfica solía poner el ejemplo de la alcachofa, a la que hay que ir quitando capas hasta quedarse con el cogollo, lo valioso<sup>4</sup>. Un quitar capas que forma parte de un *proceso de desestructuración* –purificación– que cada hombre, de una manera o de otra,

---

<sup>3</sup> JOSEPH RATZINGER, *El Camino Pascual*, BAC, Madrid 1990, pp. 27-28.

<sup>4</sup> Cfr. SAN JOSEMARÍA, meditación *El talento de hablar*, en *En diálogo con el Señor. Textos de la predicación oral*, ed. Crítico-histórica preparada por Luis Cano y Francesc Castells, ed. Rialp, Madrid 2017, p. 346.

tiene que ir viviendo para alcanzar la plenitud de su vocación<sup>5</sup>.

Con frecuencia, detrás de una persona tensa o desencantada, lo que hay es una vida interior fundada en una cierta mentira. Existe, por ejemplo, el peligro de *vivir para el rol*. Cuando la lucha ascética y las energías se concentran, incluso de modo heroico, en algo falso, todo se resiente. Puede ocurrir que una persona sea muy sacrificada, haga fuertes penitencias, realice incansables gestiones apostólicas pero, en el fondo –que es lo importante: lo que está en el fondo–, el motivo fundante de ese esfuerzo titánico no sea el amor de Dios, sino su imagen ante los superiores o ante un público concreto.

Descubrir esa máscara sería el principio del cambio y de una conversión verdadera. Sería el inicio de una libertad interior liberada. De otro modo, esa lucha apoyada en arena va cristalizando en una tensión insana que, sin darse cuenta, endurece el corazón y aleja de la santidad, de la capacidad de amar como Cristo, cuyo corazón es manso y humilde. En esa situación de falta de fundamento verdadero, los frutos apostólicos lo son únicamente en la medida que resultan medibles numéricamente. Es entonces cuando la ausencia de resultados produce ansiedad, pero no por un celo apostólico que nace de participar de la sed de Cristo, sino porque la falta de resultados se identifica con lo único que da seguridad a su imagen (ante los demás o ante los superiores) de persona apostólica. Descubrir que el celo apostólico no es auténtico o no del todo, que importa más el resultado por alimentar la imagen de un rol, es un primer paso para *abrir*

---

5 Sobre este proceso de desestructuración, aconsejo la segunda parte del libro *Amarás al Señor tu Dios*, de AMEDEO CENCINI, ed. Sígueme, Salamanca 2012, pp. 93-187.

*los ojos*. De otro modo, cabe la posibilidad de compaginar una gran ascética con una mentira. Y eso, tarde o temprano, termina por derrumbarse.

Sólo cuando se descubre el falso cimiento se puede construir una vida interior auténtica. Es un proceso de conocimiento propio que nos rescata de la autosuficiencia y nos permite descubrir que el hombre maduro es también un hombre herido. Un proceso que, en definitiva, da muerte a los sueños de una perfección entendida como ser impecable o ya suficientemente bueno. Estas crisis, si son vividas desde la fe y la humildad, son espacios de gracia llamados a descubrir la propia verdad y, al mismo tiempo, el rostro de Dios. “La verdadera noche es la luz”. Nos adentramos así en un conocimiento vivencial de la persona de Cristo, que permite que se hagan reales aquellas palabras de Job: “te conocía solo de oídas, ahora te han visto mis ojos”<sup>6</sup>.

Para San Juan de la Cruz, las *noches* tienen para el alma como primer y principal fruto “el conocimiento de sí y de su miseria”<sup>7</sup>. Dios se sirve de esas crisis precisamente para derribar los ídolos que nos construimos: vivir para el rol, el activismo<sup>8</sup>, la necesidad de resultados, la santidad como impecabilidad, la seguridad ante todo, el éxito profesional, la imagen ante un público concreto, etc. La prueba forma parte de la vida, y Dios se sirve de ella para descubrir nuestras máscaras. “Quien ha hecho de Dios un sistema de seguridad confundirá la vida teologal con su mundo pequeño de piedad y prácticas religiosas. (...) El que vive a fondo ha

---

<sup>6</sup> Job 42.

<sup>7</sup> SAN JUAN DE LA CRUZ, *Noche Oscura*, Libro 1, cap. 12, párrafo 2. *Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009.

<sup>8</sup> Cfr. J-B TORELLÓ, *Él nos amó primero*, ed. Cristiandad, Madrid 2014, pp. 59-63.

descubierto lo que es vivir *de dentro a afuera*, es él mismo y está liberado de modelos de identificación. Sabe lo que es la vida por sus dinámicas de transformación, en contraposición a roles, normas, que los siente como montaje”<sup>9</sup>.

Un fruto precioso de esta purificación –de esta *noches*– se nos concede a través del paso *de la sinceridad a la veracidad*<sup>10</sup>. Ser sinceros con Dios, con los demás y con nosotros mismos es el punto de partida de la vida interior. Sin embargo, como hemos visto, existe el peligro de ser sinceros –decir (y decirnos) las cosas, buenas y malas, con total rectitud, sin mentir– y, al mismo tiempo, que esa sinceridad no coincida con la verdad. Abrir los ojos a esa falla que separa sinceridad y verdad es un don de Dios (y una tarea) que nos salva de un fundamento falso en la vida interior; causa, por otro lado, de tantas neurosis. Nos vamos rompiendo por dentro porque vivimos en una visión falsa de la realidad y, al mismo tiempo, con la convicción profunda de estar en la verdad. En el fondo, a veces incluso de modo inconsciente, tenemos puesta una máscara. Descubrir, por ejemplo, que la raíz de nuestra dificultad de trato con una persona no nace de su mal carácter –así lo pensamos nosotros– como de una envidia oculta en nuestro corazón, es el principio del cambio. Es quitarse una careta.

El Papa Francisco nos anima a emprender este *camino hacia la verdad*, precisamente desde la contemplación del misterio de la Cruz; un misterio que proyecta una luz que nos libera de las máscaras que tantas veces nos ponemos: “A nosotros, de hecho, nos cuesta ponernos al desnudo, decir la

---

9 JAVIER GARRIDO, *Relectura de san Juan de la Cruz*, ed. Verbo Divino, Navarra 2002, p. 97.

10 Cfr. AMEDEO CENCINI, *Los sentimientos del Hijo*, ed. Sígueme, Salamanca 2016, pp. 117ss.



verdad: siempre tratamos de cubrir la verdad porque no nos gusta; nos revestimos de exterioridad que buscamos y cuidamos, con máscaras para camuflarnos y mostrarnos mejor de lo que somos. Es un poco como la costumbre del maquillaje: maquillaje interior, parecer mejor que los otros... Pensamos que lo importante es ostentar, aparentar, para que los otros hablen bien de nosotros. Y nos adornamos de apariencias, nos adornamos de apariencias, de cosas superfluas; pero así no encontramos paz. Luego el maquillaje se va y tú te miras al espejo con la cara fea que tienes, pero verdadera, la que Dios ama, no esa “maquillada”. Y Jesús despojado de todo nos recuerda que la esperanza renace diciendo la verdad sobre nosotros —decir la verdad a uno mismo—, dejando caer las dobleces, liberándonos de la pacífica convivencia con nuestras falsedades. A veces, estamos tan acostumbrados a decirnos falsedades que convivimos con las falsedades como si fueran la verdad y terminamos por envenenarnos con nuestras falsedades. Lo que hace falta es volver al corazón, a lo esencial, a una vida sencilla, despojada de tantas cosas inútiles, que son sucedáneos de esperanza”<sup>11</sup>.

En la misma línea, y estrechamente relacionado, otra puerta de acceso al conocimiento propio se abre cuando pasamos de las *preguntas penúltimas* a las *preguntas últimas*. Toda persona tiene sus preguntas penúltimas —¿cómo ganar más dinero?, ¿cómo ser más valorado?, ¿cómo alcanzar más placer?— que no dan respuesta a la verdadera identidad, pero —y esto es lo interesante— conectan con ella, con las preguntas últimas, que sí son luz para nuestra verdad más íntima: ¿por qué quiero ganar más dinero?, ¿por qué quiero ser más valorado?, ¿por qué quiero más placer?

---

<sup>11</sup> FRANCISCO, *Audiencia general*, 5-IV-2023.